

RESEÑAS

La bestia

Carmen Mola. Madrid: Planeta Editores, 2021. **Premio Planeta 2021.**

Luis Malaver

Universidad de Oriente

luismalavervalderrama@gmail.com



Integrantes del grupo colectivo que bajo el nombre de Carmen Mola ganaron el Premio Novela de Planeta del año 2021: Jorge Díaz, Antonio Mercero y Agustín Martínez



“ Bajo el aguacero que ha transformado el suelo arcilloso en un fangal, un perro famélico juega con la cabeza de una niña. La lluvia cae inclemente sobre las casucas, las barracas y los tejares miserables que parecen a punto de derrumbarse con cada ráfaga de viento. El Cerrillo del Rastro, no lejos del matadero de Madrid, se inunda siempre que llueve”

1

Con esta imagen terrorífica la cooperativa de tres, Carmen Mola, inicia *La Bestia*, Premio Planeta 2021. Promete desde el primer párrafo suspenso sangriento y lo cumple a cabalidad. Un thriller no exento de horror en el que la sangre relacionada con la muerte aparece muchísi-

mas veces, incluso esa primera sangre de las niñas que en el contexto cotidiano implica transformación aquí se direcciona hacia el sacrificio mortal. Bien contada, sin duda alguna, en una Madrid de 1834 donde campea la miseria, la conspiración y el cólera, tres elementos que desembocan por causas naturales, políticas o demenciales en la muerte. Cólera en la Europa del siglo XIX, Covid19 en este mundo del siglo XXI que la novela aprovecha para establecer paralelismos que explican cómo somos los humanos ante el acoso de las epidemias en cualquier época. No se escatiman adjetivos para configurar una novela en la cual el lector masivo de thrillers encontrará lo que las series policiales televisivas le entregan a granel: horror, muerte, sangre y alguien que investiga las muertes para dar con el asesino; además de conexiones con elementos constitutivos del género, muy

conocidos por los lectores de la novela policial y traídos a esta: la femme fatale, Ana Castelar; los tres investigadores: el perteneciente al cuerpo policial o vinculado a este, Donoso Gual, cónsono con el contexto decadente, tuerto (como Héctor Belascoarán, “detective” de Días de combate de Paco Ignacio Tabio II), sin energías para investigar nada, en franco retiro, marginado, alcohólico, personaje muy explotado por la novela negra. El fraile, aunque en este caso sea un disfraz, Fray Braulio, que nos recuerda, poco, pero sí, por estar vinculado a la religión al fraile franciscano Guillermo de Baskerville de *El nombre de la rosa*, rodeado de conspiraciones, devenido en detective, y al Padre Brown de Chesterton, sacerdote católico dedicado a develar crímenes cometidos en su jurisdicción. Hay cabida también para el aficionado (a fin de cuentas Auguste Dupin, de Poe, era un aficionado a descubrir enigmas de diversa índole que luego pasa a descubrir crímenes), Diego Ruiz, periodista que quiere descubrir quién de carne y hueso se oculta tras La Bestia que asesina y descuartiza niñas. No son tan escasos los escritores que se dedican a la investigación en las novelas y series televisivas policiales.

2

Hay, sin embargo, pequeñas “variaciones” en *La Bestia* que van a contrapelo, en la gran mayoría de las veces, de las series policiales televisivas y de las novelas negras, denominación que abarca, como sabemos, un amplio espectro que incluye horror, misterio, terror... Dos de los tres investigadores adultos relacionados con Lucía – la niña protagonista, también investigadora motivada por el deseo de encontrar a su hermana Clara – que recorre de principio a fin *La Bestia* estableciendo contacto con todos los demás, mueren asesinados. Primero Diego Ruiz quien vive su romance efímero con Ana Castelar. Diego, personaje pulcro, mujeriego (recuerden que estamos en 1834), sensible en medio de la miseria física y espiritual, digno en medio del fango, quien nada más busca el gran reportaje que le agencie un empleo fijo. El hombre de ideas liberales que sueña con una República, llegado a Madrid del interior, a esa llaga que es la ciudad asediada por asesinos, epidemia, supersticiones y conspiraciones. Quizás por esta característica, venir de fuera, no conoce en profundidad como la ciudad, personaje de esta novela, se devora a sí misma como a quienes la habitan. Luego el pseudo fraile Braulio, el guerrillero, el carlista conspirador contra Isabel II, ultimado al final de la novela. El político que nada puede contra el poder establecido, ni contra la sentencia de muerte que pesa sobre los religiosos por ser responsables, para algunos, del cólera. Dos fuerzas unidas por el fanatismo y el poder terminarán con él.

El expolicía, Donoso Gual, el escéptico, sobrevivirá y será ascendido. Lucía y su hermana Clara se salvarán de la bestia y la primera soñará con ser periodista como Diego Ruiz. Un final feliz – aquí abandonamos las pequeñas “variaciones” – sobre los escombros físicos y humanos que busca encender una pequeña luz de esperanza sobre una montaña de muertos, por la pandemia y por los asesinos. Un final feliz que gusta tanto en muchas historias y que aquí, además de develar a las bestias sucesivas, deja a la protagonista con un camino trazado de buena vida, muy distante con el que

comienza, al igual que a Donoso. También, en medio de su situación de vida de ladrona, cercada de muerte por el cólera y la miseria, hay lugar para la inocencia infantil, incluso en esa fiera sobreviviente construida por las circunstancias como Lucía, en su hermana Clara, en Juana, una niña que juega con muñecas mientras crece para hacerse puta como su madre. El manejo acertado de todos sus elementos, los guiños a Poe por el “Barril de Amontillado” y a otros autores, hacen de *La Bestia* una novela que rinde homenaje a los tópicos del género y a hitos de la novela negra.

Así como Carmen Mola es una asociación, *La Bestia* lo es también, por lo tanto no será hasta la muerte de Ana Castelar, envenenada accidentalmente por la protagonista, que se dé remate a un título singular que reparte su autoría con cierta profusión. Propio de las nieblas y sombras que caracterizan el género.

3

Con *La Bestia* Editorial Planeta juega sobre seguro con respecto a recobrar el monto cuantioso del premio, un millón de euros, el más elevado del mundo literario. Ya estaba demostrado lo mucho que vendía Carmen Mola, quien ya había publicado *La novia gitana*, *La red púrpura* y *La nena*, protagonizadas por una inspectora de apellido Blanco. Traducidas a varios idiomas con miles de ejemplares vendidos en todo el mundo, lectura fácil para amantes del thriller que esperan una historia sin tropiezos técnicos ni riqueza del lenguaje, sino sangre, suspenso, crímenes resueltos. Si esas ganancias dieron las tres novelas de Mola anteriores, qué se puede esperar de esta que tiene el aval de premio tan cuantioso, independientemente de que con *La Bestia* se haya develado la identidad de Antonio Mercero, Agustín Martínez y Jorge Díaz, sus creadores, y que el escándalo haya provocado reacciones en contra de sectores feministas o relacionados con el mundo editorial en España. Tratar de desvirtuar lo bien contada que está la historia o el valor de la novela dentro del canon porque no exista una autora, sino tres autores, no tiene sentido para el caso de una obra de ficción; muy por el contrario, luego de saberlo, nos preguntamos: cómo se articularon para lograr un trabajo con la homogeneidad que presenta. Ya tenían suficiente entrenamiento con los tres anteriores thrillers para que *La Bestia* les saliera como resultó, nos respondemos. Nos place, además, que la ficción comience desde la misma autora.

Premiar a Carmen Mola aseguraba, además de la expansión de las ganancias por la venta del libro, la posibilidad bastante cierta de que *La Bestia* dé para una excelente película con todos los ingredientes que aprecia Hollywood y los efectos técnicos cada día más sofisticados con los que juega. De *El perfume* de Patrick Süskind se hizo el largometraje “El perfume: historia de un asesino” (2006) dirigida por Tom Tykwer, película excelente como el texto sobre el que está basada y que resuelve con escenografía, vestuario, actuaciones y la transformación a imagen visual de lo que hay que imaginar en la lectura, porque el protagonista tiene el don de un sentido para el cual el cine tiene que hacer alarde de ingenio: el olfato. Evidentemente que la obra de Süskind, su primera novela, es desde el punto de vista li-

terario, del manejo del lenguaje y del argumento superior a la de Mola; no obstante, la imagen visual como uno se la puede imaginar en una superproducción tendrá el atractivo de darnos una visión acabada que podemos contrastar con la que ideamos con la lectura, pero que sin duda ganará el favor de las grandes masas de espectadores. Otro ejemplo, para no hacer más extensa esta nota lo encontramos en la película de Jean-Jacques Annaud “El nombre de la rosa” (1986), basada en la novela homónima de Umberto Eco publicada en 1980. En estos dos casos, las películas resultantes de gran calidad artística recibieron los elogios de la crítica y la aceptación de los amantes del buen cine.

Establezco esta relación novelas cine, porque es muy difícil, después de las películas nombradas arriba, leer *La Bestia* y no imaginarse el filme y que Editorial Planeta con los derechos sobre la novela no quiera embolsillarse una cuantiosa suma. Construir un buen guion cinematográfico de la novela de Mola, a simple vista, no parece la tarea titánica que debió serlo en los casos de “El nombre de la rosa” y “El perfume”.

Nada ociosa la relación anterior, en los últimos diez premios Planeta abundan los thrillers, las novelas negras, algunas de estas con adaptaciones al cine, los escritores conocidísimos, de grandes ventas y fama mundial que aportarían un plus de asistencia y recaudación en taquilla. Javier Sierra con *La cena secreta* logró colarse como uno de los libros más vendidos en Estados Unidos años antes de alzarse

con el Planeta en 2017.

No quisiera que estas notas se leyesen como un alegato contra la novela negra que disfruto y considero un género vivo que ha dado – y sigue dando – grandes obras literarias a la humanidad, muchas veces desestimado por ese adjetivo cromático que las acompaña y las empuja a la consideración de subgénero. Pero me quedan unas preguntas.

¿No había en la cantidad de novelas participantes, 654, una obra que superara literariamente a *La Bestia* aunque no tuviese el aval de las ventas multitudinarias anteriores de Carmen Mola? No hay lugar para ingenuidades. Miguel Delibes en 1979 y Juan Marsé en 2005 afirmaron que ese premio estaba pactado. Alberto Blecuá, jurado en varias ocasiones, lo lleva más allá al afirmar que “por lo menos en dos ocasiones no lo estaban, en 1991 con *El jinete polaco* de Muñoz Molina y en 2007 con *El mundo*, de Juan José Millás”. Solo menciono dos nombres muy conocidos, la discusión tiene años dándose en España y cada cierto tiempo copa los titulares y se circunscribe a los premios de grandes montos de las editoriales renombradas. ¿Continuará siendo el Premio Planeta un referente más del marketing editorial que de la calidad literaria? No tiene por qué dejar de serlo, cuando muchos certámenes en España han bajado los montos, Planeta por el contrario lo ha incrementado hasta superar al premio Nobel. “El mercado manda en el planeta”, parece decirnos Planeta.